nidad de tu santo nombre, bajo el título de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ; así, espero merecer como prenda segura tu amor y tu patrocinio, para gozarme de tu eterna felicidad en la gloria. Amén.

Triduo para implorar el auxilio

DE NUESTRA

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

ACTO DE CONTRICIÓN.

DUlcísimo Jesús, Criador y Redentor nuestro, que con la ternura y amabilidad de la infancia estáis sentado en los brazos virginales de María, vuestra Madre purísima, para tocar nuestro corazón y convertirlo á Vos: ¿qué ocasión más propia de vuestros designios que la presente, en que nos llamáis con fuertes avisos para someternos á vuestra ley y santificarnos? Vos sólo llenáis las exigencias de nuestro corazón, y sólo en Vos halla la paz verdadera. ¿Cuándo será que os amenos con toda nuestra alma y seáis el único objeto de nuestros deseos? Éstos son vuestros divinos anhelos, y por esto nos castigáis para que os busquemos á Vos, que sois nuestro Refugio en las tribulaciones. Aquí mos tenéis profundamente humillados ante Vos, penetrados de dolor por nuestros pe-

cados, y suspirando sólo por vuestro amor. Tocadnos con vuestra mano poderosa, y seremos cambiados del todo; castigadnos como queráis, pero no nos privéis de vuestra gracia, que os pedimos ardientemente para destruir el pecado, que es la causa de vuestro enojo. ¡Oh Divino Jesús! Convertidnos y salvadnos por el amor que tenéis á María, vuestra Santísima Madre.

DÍA PRIMERO.

Á Quién hemos de ocurrir en nuestras angustias, ¡oh Madre Santísima de la Luz!, sino á Vos, que nos llamáis para verter en nosotros el consuelo? ¿Á quién hemos de volver nuestros ojos sino á Vos, que siempre habéis sido nuestra tierna Madre y el objeto de nuestra más dulce esperanza? Á Vos, pues, venimos para que derraméis en nuestra alma la luz de la gracia: corremos á Vos para que detengáis el azote que nos castiga, y nos presentéis á Jesucristo humillados y arrepentidos: venimos á Vos para que seáis nuestra medianera, como siempre habéis tenido la dignación de serlo. Descubridnos vuestro purísimo resplandor, y aborreceremos el tenebroso pecado, que es la causa de nuestros males: emitid vuestra luz suavísima, y la seguiremos para llegar á Jesús, nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida: acogednos bajo vuestro virgíneo manto, y el castigo de Dios se tornará en misericordia; porque si Vos habláis, Dios no puede dejar de escucharos; si rogáis, en el instante bajará su mano; si mandáis, vuestro Hijo Dios os prestará obediencia. ¿Qué podemos temer si Vos nos defendéis? ¡Oh Madre Santísima de la Luz!, oid nuestros clamores; defendednos y salvadnos.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria por tres veces, y al fin de cada una la siguiente

JACULATORIA.

¡Madre de la eterna Luz,
Nuestra esperanza y consuelo!
Haz que amemos á Jesús,
Y le veamos en el cielo.

Se termina con las Letanías Lauretanas.

DÍA SEGUNDO.

Á Penas elevamos á Vos nuestras miradas, ¡oh Madre Santísima de la Luz!, y ya sentimos en nuestra alma como una lluvia de saludables emociones y de inefables consuelos: invocamos vuestro nombre dulcísimo, y experimentamos un alivio formal en nuestras penas y nos levantamos tranquilos, animados por la esperanza. Permitidnos, por tanto, ¡oh María!, que aspiremos el aroma de vuestras gracias, y resu-

citaremos de la muerte á la vida: tocadnos con la suavidad de vuestra mano, y seremos curados de todos nuestros males: dirigidnos vuestras miradas de salud, y convertidos por vuestro medio, seremos el objeto, no de la justicia vengadora, sino del amor de Jesús. ¡Oh María, dulzura de nuestra vida, Refugio seguro en nuestras tribulaciones, Madre clemente y amable! Mostrad vuestro poder, y libradnos de nuestros enemigos: prestadnos vuestro auxilio, y unidnos á Jesús por medio de una verdadera reconciliacion. Amén.

Padrenuestro, etc., como el día primero.

DÍA TERCERO.

VOS sois, ¡oh María!, la excelsa Virgen y Mujer fuerte, contra el demonio por vuestra Inmaculada Concepción y vuestra profunda humildad, contra el mundo por vuestra pobreza y suprema dignidad, contra la carne por vuestra perpetua virginidad y modestia sobreangelical. Vos sois la Madre de la Luz que nos vivifica y convierte, que nos inflama y sostiene, que nos cura, nos dirige al cielo y nos salva. Vos con una mano nos libráis del abismo del pecado y con otra nos presentáis á Jesús, Luz del mundo, que, tocando nuestro corazón, lo llena de aspiraciones suavísimas de pureza y castidad, y de un gozo verdaderamente

cumplido. ¡Oh prodigiosa Madre Santísima de la Luz! Mostrad vuestra fortaleza y esplendor, y nuestras tinieblas serán disipadas, convertida nuestra alma, avergonzados nuestros enemigos, levantado el castigo, y Jesús, vuestro Divino Hijo y Salvador nuestro, será el único centro de nuestro amor y nuestro gozo perdurable. Amén.

Padrenuestro, etc., como el día primero.

DÉCIMA

¡Bendita seas, ¡oh María!,
Madre de la Luz divina,
Pues tan pura y peregrina
Te contemplo noche y día!
Mi corazón en ti fía,
Y te pido por la cruz
Que me alcances clara luz
Para no ser confundido,
Y que muera arrepentido
Y en la gracia de Jesús.

TRIDUO
Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ[1].

ACTO DE CONTRICIÓN.

HE aquí en tu presencia, ¡oh Dios y Salvador mío!, á una criatura que no ha cesado de correr lejos de Ti.

Bien puedo preguntarme á mí mismo: ¿cómo me he atrevido á traspasar los umbrales del templo y llegar hasta aquí sin cuidarme de la lepra que ha desfigurado esta noble hechura de tus manos? ¿Qué ofrenda, qué holocausto digno de tu amor y de tu ternura puede ofrecer á tus pies el insensato que, cerrando los oídos á tu ley, se ha ocupado con infatigable ardor en borrar de su corazón hasta el sentimiento de la gratitud?

Cuando la naturaleza entera, con la dulce armonía que le ha dado tu omnipotencia, alza sus himnos hasta tu trono, mis labios están mudos para bendecirte. Los astros

1 Por D. José de la Luz Pacheco Gallardo.

siguen la senda que les marcaste; las aves del cielo, los vientos suaves ó el huracán formidable, el relámpago ó el rayo, todo obedece á tu voz, todo cede al imperio de tus leyes inmutables; sólo un sér hay rebelde en medio de esa espléndida y bella creación; sólo un sér existe que, audaz, se ha sublevado contra Ti, y que, desafiando á los cielos, ha pretendido hacerse superior á Ti; á Ti, el más amable y tierno de los padres, cuya bondad no tiene límites, cuya misericordia es infinita y cuya sabiduría es inmensa. Ese soy yo, Señor; yo, cuya pequeñez puede medirse por el tamaño de mi orgullo. Sin embargo, si hoy me has permitido venir hasta aquí; si me has dado aliento para levantarme de las tinieblas y acercarme á la luz, ¿qué me resta sino deplorar á tus pies los extravíos y los crímenes de mi vida? Sí, Dios mío; me arrepiento de mis excesos; me pesa haberte ofendido, insensible á tus llamamientos é indiferente á tu amor; duéleme el alma por haber hollado tu sangre adorable, por mí derramada. Escucha, pues, benigno, los dolientes gemidos de mi corazón arrepentido, y no apartes de mí tu rostro misericordioso.

Para que llegue hasta tu solio mi plegaria, antes procuro depositarla en las maternales manos de aquella Reina á quien Tú también llamas Madre tuya. María, cándida

rosa cuyo aroma embalsama los cielos; estrella luminosa que nos guía en medio de nuestras borrascas; ella, más pura que la luz de la mañana y más hermosa que el lirio de los valles, es quien va á presentarte compasiva mis lágrimas amargas. Acéptalas, dirigidas por tan amable medianera, y fijando en mi corazón un amor inextinguible hacia Ti, sostén mis pasos para no volver á caer, y así pueda ir algún día á alabar tu misericordía para siempre. Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

Á Ti, augusta Reina de los cielos y amable Madre Santísima de la Luz, elevo mi humilde voz. No en vano te llaman grande y feliz todas las generaciones, pues en ti fijó sus ojos el Eterno Padre para hacerte Madre del Verbo divino. Colocada entre el cielo y la tierra, entre tu Hijo y la criatura, eres la escala preciosa que conduce á los cielos, la puerta de ese luminoso alcázar, mansión de eternas delicias para los justos. ¿Quién eres, Señora, ¡oh tierna Madre mía!; quién eres que así te elevas sobre todos los seres, bien terrible y esforzada como escuadrón en la batalla, blanda y gentil como la palmera del desierto, tierna y apacible como la paloma, bella como la flor del valle, risueña como la aurora, resplandeciente más que todos los astros,

generosa y compasiva como nunca lo fué otra madre?

Tu nombre difunde el terror entre tus enemigos, así como derrama la alegría en los que tienen la gloria de proclamarte su Reina y su Madre. ¿Quién eres? ¿Quién puede compararse á ti? Tú salvas al náufrago que lucha con la borrasca; tú calmas los pesares de la viuda y endulzas el cáliz amargo del huérfano.

El anciano te invoca, y marcha sin dolerse hacia el sepulcro. Curas las dolencias del enfermo y haces tranquilo el sueño mismo de la muerte. Tú, en fin, aceptaste el título de Madre de los mortales sólo para salvarlos, siendo Madre de Aquel que por ser la luz no ha sido comprendido de las tinieblas. Por último, para que nada faltase á tu ternura maternal, elegiste esa sublime y consoladora efigie que te plugo bendecir y dirigir por ti misma para vivir aquí y darte así como una prenda de tu amor. ¿Quién sino tu afecto maternal pudo inspirarte esa demostración de la más tierna solicitud por los desgraciados? ¡He allí el exceso de la bondad! ¡He allí la compasión por excelencia y el más puro y dulce reflejo de la misericordia infinita! Y los que hemos sido enriquecidos con ese precioso é inestimable tesoro; los que en medio de nosotros tenemos ese arca de la alianza, ese escudo brillante donde se han

estrellado constantemente los que han afligido á otros pueblos, ¿dejaremos de prosternarnos á tus pies é implorar el remedio de los pesares que nos aquejan? Si, ingratos, hemos descuidado el esplendor del culto que mereces, y si nuestro corazón se ha adormido sin consagrarse sólo á Ti, que eres nuestra Madre y nuestro único bien, ya venimos hoy á humillarnos delante de Ti, á deplorar nuestros extravíos y á pedirte el remedio de nuestros infortunios; y pues eres Tú sola la esperanza que nos resta para salvarnos de la horrible tormenta desatada sobre nosotros, á Ti recurrimos para que atiendas nuestra humilde oración, y, concediéndonos lo que en ella te pedimos, podamos, guiados por tu mano maternal, ir á alabarte eternamente. Amén.

Concluída la anterior oración, se rezan tres Avemarías, como Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. En seguida se dice la oración del día respectivo, se hace la petición y se ofrece con la siguiente

ORACIÓN.

Dígnate, soberana Madre mía, atender á mi oración. Protégeme con tu manto, líbrame de todos los peligros que me cercan; haz que adornen mi alma todas las virtudes, y que, siendo digno de llamarme hijo tuyo, merezca ir á alabarte y bendecirte eternamente. Amén.

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA
POR LA SANTA IGLESIA CATÓLICA.

¡OH predilecta y preciosa Hija del Eterno Padre! Cuando la Iglesia católica, fundada por tu Hijo adorable y enriquecida con los magníficos tesoros de su doctrina y de su amor infinito, apareció sobre la tierra, cambiando la faz del mundo, que acababa de ser regenerado por la sangre del Hijo de Dios, Tú fuiste la columna luminosa que guió sus primeros pasos, y tierna y solícita velaste al lado de su cuna.

Ella te debe los maternales cuidados de su infancia, y Tú recogiste el primer gemido que arrancaron de su seno los enemigos del Crucificado.

Ella creció á tu sombra y se alzó resplandeciente alumbrando al universo, como aparece hermosa la luz de la mañana después de una noche de tempestad. Y ¿qué, augusta Esposa del Espíritu Santo: este tu pueblo predilecto, tan infeliz como la deicida Jerusalén, te verá partir á otro suelo, y desaparecerá de su seno esa antorcha luminosa, cuyo fuego sagrado fué alimentado por tus manos? Qué, ¿quedará reducida á llorar sobre los escombros de su Tabernáculo, olvidadas sus fiestas, y silenciosa sentada sobre el polvo? Los extraños ¿pasarán silbando delante de ella y burlándose de su desventura? ¿Quién,

entonces, consolará su infortunio? ¿Quién mitigará los dolores y las angustias de los que padecen? ¿Quién iluminará nuestro entendimiento y fortalecerá nuestro corazón en medio de las adversidades?

Muerta la esperanza de los cielos; lejos de Ti; cerradas las puertas del Paraíso eterno; hollada la sangre de un Dios inmolado por nuestro amor, ese fiero dragón que yace humillado á tus pies ¿arrebatará de tus manos á estos tus hijos que en Ti fijan sus miradas implorando tu auxilio maternal? ¡Oh tierna Madre de los mortales! Antes que de entre nosotros desaparezca la Santa Iglesia católica y la sangre del Cordero sea borrada de nuestras puertas y sucumbamos al filo de la espada del ángel exterminador, mandado por la cólera del Altísimo para castigar á los enemigos de su pueblo, cierra nuestros ojos y cúbrenos con el velo de la muerte. Pesen sobre nosotros todas las aflicciones; cérquennos todas las angustias, y arrástrenos el torrente desatado de la amargura; pero no permitas, augusta Soberana y Madre mía, que la Iglesia santa desaparezca de este tu pueblo; no te alejes de nosotros, porque pereceríamos, y lo mismo nuestros hijos.

Recuerda, Señora, que quisiste ser Madre nuestra porque sabes nuestras desgracias y porque palpaste nuestros dolores: pues bien, concédenos que nunca se

aparte de nuestra alma la fe ni se extinga en nuestro corazón la caridad; sino que, alentados por la dulce esperanza de tus favores, muramos en el seno de la Iglesia y, asidos de la cruz, podamos ir á bendecirte y á cantar tus beneficios en la gloria. Amén.

ORACIÓN PARA EL SEGUNDO DÍA

POR LA PAZ PÚBLICA.

¡OH tierna Madre del Salvador y dulce esperanza de los desgraciados, juntamente proclamada Reina y Soberana de las naciones! Cuando el Altísimo, irritado por el crimen del primer hombre, lanzó sobre él el terrible anatema que lo condenó á los pesares y á la muerte, el Señor, que es también Dios de bondad y de misericordia, no quiso que sólo el rayo de su indignación tronara en la hermosa primera mansión de nuestros padres, sino que le plugo también que aquellos sitios deliciosos, sobrecogidos de amargura al sufrir una profanación y amedrentados al eco de una sentencia, presenciaran la dulce promesa de la misericordia y la celestial sonrisa de la esperanza. Así fué que el Soberano Criador hace oir su voz prometiendo que una mujer quebrantaría bajo sus pies la cabeza de la serpiente.

Esa mujer predilecta, esa mujer elegida por Dios mismo para cooperar á la recon-

ciliación entre El y la criatura, fuiste Tú; Tú, Hija del Eterno Padre. La luz debía vencer á las tinieblas, y Tú fuiste elegida para ser la Madre de la Luz, la escala del cielo, el medio precioso de la paz entre Dios y el hombre, siendo Madre del Hombre-Dios.

El espíritu de las tinieblas rugió desde entonces indignado por su derrota, y sintiendo después despedazada su cabeza por tu planta virginal, quiso que la lucha comenzada en el Paraíso se prolongara sobre la tierra. La muerte del Redentor y tus lágrimas vertidas al pie del patíbulo santo salvaron á la generación perdida, y las puertas del cielo se abrieron para la raza de Adán; pero Lucifer aun lucha desesperado por tus victorias, y hasta en esta nación que abrió sus ojos á la luz del Evangelio y se alzó grande y bella bajo tu amparo maternal, ha disputado el trono que un pueblo agradecido y cristiano levantó para Ti, que eres nuestra Reina y nuestra bienhechora, lo mismo que para tu Hijo y nuestro Salvador. Y qué, generosa Madre mía, ¿nosotros estaremos condenados por la cólera del Señor á perecer? No, benignísimo refugio de los pecadores; ten piedad de nosotros; ilumina el entendimiento de aquellos de nuestros hermanos desgraciados que yacen sumergidos en las tinieblas del error. Todos fuimos regenerados en la

cruz, y por todos aceptaste el tierno título de Madre de los mortales. Haz, pues, que no sean estériles para nosotros el sacrificio de tu Hijo y tus lágrimas maternales, sino que, vivificado este suelo, que ha sido consagrado por la religión, conducidos por Ti como por aquella columna misteriosa que lo guió en el desierto, pueda verdaderamente llamarse pueblo de Dios y hacerse digno de tus bondades para ser eternamente feliz. Amén.

ORACIÓN PARA EL TERCER DÍA
PARA OBTENER UNA BUENA MUERTE.

¡OH benigna Madre y dulce consuelo de los que padecen! Breve y penoso es el espacio que tiene el hombre que recorrer hasta tocar las playas de la eternidad; fieras borrascas lo combaten desde que pisa los umbrales de la vida; agudos dolores lo cercan por todas partes, y no hay un sitio adonde pueda dirigir sus pasos sin encontrar espinas que lo desgarren. ¡Así marchamos á la muerte! ¡Así se cumple el triste legado de nuestros padres! Y qué, al fin de una partida tan angustiada, ¿no nos quedará siquiera el consuelo de arribar á un puerto feliz, donde la luz no tenga ocaso y donde la dicha no sea un nombre vano? Mas, ¿qué es el hombre, ó qué puede por sí solo para llegar á ese puerto venturoso, vivir para siempre en el seno de esa luz y

disfrutar los encantos de una dicha verdadera? ¿Cómo arribar á esas playas risueñas si los enemigos que lo acechan lo persiguen y lo disputan al cielo desde la cuna, lo siguen y lo combaten hasta el sepulcro? ¿A quién dirigirá sus ojos en ese solemne momento cuando todo huye en derredor nuestro y pesan sobre nuestros párpados las sombras de la muerte? ¿Quién nos presentará delante del Juez Supremo é interpondrá sus ruegos por nosotros? ¡Ah! Por sí solo el hombre nada puede, nada vale; pero todo lo obtiene por los méritos del Salvador y por tu intercesión maternal. Así, pues, ¿á quién, sino á Ti, debemos recurrir para salir del naufragio que nos amenaza desde el nacer? ¿Qué mano más amable y cariñosa puede cerrar nuestros ojos y abrirnos las puertas del eterno alcázar sino Tú, justamente llamada puerta del cielo? Por esta razón, castísima Esposa del Espíritu Santo, en Ti esperamos, que, siendo la fuente de la gracia y el más perfecto modelo de virtud, así como la más compasiva de las madres y el puerto de nuestra salvación, no permitas que en ese instante terrible nos sobrecoja la muerte lejos de la fe y despojados de toda virtud. Sosténnos en las adversidades; alienta en nuestro corazón el dulce amor de Dios y de Ti, que fuiste elegida para Madre del Redentor del mundo.

Aparta de nosotros todo afecto que pueda ligarnos á la tierra y hacernos víctimas de un mundo rebelde, lleno de pomposas, pero vanas promesas. Sea nuestra única guía tu luz; sea nuestro único encanto tu amor y tus angustias de la cruz, para que al fin de nuestra vida, cuando el cansancio y la muerte vengan á aniquilar el vaso deleznable de nuestro cuerpo, bajo tu dulce sombra cerremos nuestros ojos al sueño pasajero que deba conducirnos á la Jerusalén eterna á cantar tus virtudes y á bendecir tus gracias y tus beneficios para siempre. Amén.

SEMANA DEVOTA

EN HONOR DE NUESTRA

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

ACTO DE CONTRICIÓN.

JEsús divino, Luz eterna engendrada entre los resplandores de los Santos; Tú, que iluminas á todo hombre que viene á este mundo, disipa las tinieblas de mi entendimiento obscurecido con el pecado, y dame á conocer lo que hice ofendiéndote. ¡ Miserable de mí, que, ciego y desatinado, por un vil interés ó por un deleite pasajero y falaz, atropellé tu ley santa, y atraje sobre mí tu terrible justicia! Perdí tu amistad y tu gracia, y me sujeté á las tinieblas y al llanto del infierno, en donde ya rabiara sin remedio á no haber sido tan grande tu misericordia. Por ella, Señor, y por los méritos y ruegos de María Santísima, tu amadísima Madre, perdóname mis muchas y repetidas culpas, pues de todo corazón arrepentido las detesto por ser ofensas tuyas, y te prometo que con la

ayuda de tu gracia no volveré jamás á cometerlas. Perdón, amantísimo Jesús; perdón y gracia para morir mil veces antes que ofenderte, pues ocurro á Ti considerándote como en el trono de tus misericordias, en los brazos de tu purísima Madre. Amén.

DOMINGO.

MAdre Santísima de la Luz, que con tu nacimiento comenzaste á disipar la noche lóbrega en que yacía el mundo por el pecado de Adán : Tú, que con razón eres comparada á la apacible aurora porque anuncias y previenes al divino Sol de Justicia, dígnate, Señora mía, alumbrar y esclarecer mi fe, para que ejercitando con fervor sus actos, la mantenga viva y brillante, á pesar de todas las herejías y errores. Amén.

Se rezan dos Avemarías en honra de los purísimos y hermosísimos ojos de la Santísima Virgen.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

ESte mundo en que vivo, ¡oh Virgen dulcísima, Madre de la Luz!, no es otra cosa que un mar siempre agitado con terribles borrascas, y en el que á cada paso se encuentran peligrosísimos escollos; pero lo que más me asusta y acobarda son las tinieblas que me rodean, porque de lo pasado no me queda sino una memoria confusa;

veo lo presente envuelto en dudas é incertidumbres, y lo futuro se me esconde en una obscuridad impenetrable. ¿Qué haré, Señora, sino buscarte á Ti, como los navegantes buscan la estrella del Norte para que los dirija? Tú eres mi luz, mi guía, mi esperanza y todo mi consuelo. Mirándote á Ti no puedo extraviarme, porque tus virtudes y ejemplos me conducen; invocándote no puedo irme á fondo, porque tu poderosa protección me sostiene; amándote no puedo entristecerme, porque Tú me amarás, y con tu amor tengo segura mi salvación. Sé para mí, Señora, Madre de la Luz, comunicándome la que tanto necesito para ver por donde camino, para evitar los riesgos y para atinar con todo lo que según mi estado debo practicar. Sé para mí, Madre de la Luz en la vida, Madre de la Luz en la muerte, para que seas algún día mi Madre de la Luz en la gloria. Amén.

LUNES.

MAdre Santísima de la Luz, que en la noche más triste del temor eres para los pobres pecadores Luna hermosa y apacible que los alumbras : Tú, que aun á los que ya están próximos á desesperar de su salvación los alientas, afirma, Señora, mi esperanza, para que confiado en la misericordia de tu divino Hijo, que por tus ruegos no dudo alcanzar, me esfuerce á corresponder á su gracia y consiga la salud eterna. Amén.

MARTES.

MAdre Santísima de la Luz, privilegiada sobre todas las puras criaturas, única y escogida como el Sol : Tú, que á semejanza de ese astro benéfico no sólo alumbras lo obscuro, sino también calientas lo frío; mira, Señora mía, que en mi alma está la caridad apagada: aplícale tus rayos luminosos y ardientes para que mi corazón encendido sea uno de los que los ángeles presenten á tu divino Hijo, consumidos todos los afectos pecaminosos. Amén.

MIERCOLES.

MAdre Santísima de la Luz, que, dotada de sin igual sabiduría, procediste siempre de modo que eres llamada por excelencia Prudentísima : Tú sabes bien cuánta luz necesito para conocer en mis obras los extremos viciosos, y arreglarlas todas por la prudencia cristiana; dame, Señora, pues fácilmente puedes, esta virtud preciosa, que como un faro resplandeciente dirija mis pasos hasta la vida eterna. Amén.

JUEVES.

MAdre Santísima de la Luz, nadie mejor que Tú guardó la justicia, porque Tú mejor que todos conociste con luz divina

los derechos de Dios y los del prójimo: este conocimiento me falta á mí algunas veces; pero las más me falta la resolución para obrar justamente dando á Dios lo que es suyo, y al prójimo lo que le toca. Comunícame Tú, Señora, que eres espejo en que reflejan los rayos del Sol de Justicia, todas las luces y fuerzas que necesito para vivir y morir como justo, y merecer la corona que á los justos está prometida. Amén.

VIERNES.

MAdre Santísima de la Luz, tu poder es bastante, como nos manifiesta tu imagen, para impedir que caiga en el infierno el alma que por sus culpas había llegado hasta aquella boca insaciable. Mira, Señora, que somos muy débiles para resistir á los asaltos de las tentaciones, y que ellas nos precipitarán en la eterna desgracia si no somos revestidos de fortaleza celestial: ten piedad de nosotros, y alcánzanos con tus ruegos esta generosa virtud. Amén.

SÁBADO.

MAdre Santísima de la Luz, más que ciego he sido cuando por un gustillo temporal he ofendido á tu divino Hijo. Alúmbrame, Señora, para que conozca que no es en esta vida cuando he de conseguir los verdaderos placeres, y haz que, guiado por este conocimiento, use con modera-

ción y templaza de todas las cosas y merezca las delicias perpetuas, entre las cuales será de las más exquisitas ver tu resplandeciente rostro en la gloria. Amén.

SALVE

Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

DIos te salve, Virgen,
Del Empíreo Reina;
Dios te salve, Madre
De la Luz excelsa.
Dios te salve, vida
De las almas muertas,
Y dulzura suave
Y esperanza nuestra.
Tú, entre las borrascas
De esta vida incierta,
Eres para todos
Cual polar estrella.
Porque nos alumbres
Entre las tinieblas
Á Ti levantamos
Voces lastimeras.
Como desterrados
Tristes hijos de Eva,
Á Ti suspiramos;
Oye nuestras quejas.

En el hondo valle
De llanto y miseria,
Gemir á toda hora
Y llorar es fuerza.
Ea, pues, Señora,
Y Abogada nuestra,
Vuelve hacia nosotros
Tus miradas tiernas.
Las luces brillantes
De tus ojos sean
El dulce consuelo
En tanta tristeza.
Sientan los influjos
De esas dos estrellas
Los perseguidores
De la Santa Iglesia.
Míralos, ¡oh Madre!,
Porque se conviertan;
Á nosotros mira
Porque no nos venzan.
Y cuando el fin llegue
De nuestra carrera,
Término dichoso
El destierro tenga;
Y entonces, ¡oh Madre!,
Á la Luz más bella,
De tu vientre el fruto,
Que es Jesús, nos muestra.
¡Oh Virgen clemente!
¡Oh piadosa y tierna!
¡Oh dulce y amable,
Suave y halagüeña!

Madre de la Luz,
Por nosotros ruega,
Para que el pecado
No nos obscurezca.
Y que conducidos
Por la Luz eterna,
De Jesús logremos
Las dulces promesas.
Amén.

CONSAGRACIÓN DE SÍ MISMO

Á LA REINA DE LOS ÁNGELES MARÍA SANTÍSIMA.

SOberana Emperatriz de los cielos y de la tierra: Cuando yo os veo sentada sobre un trono tan sublime, que es el que Dios ha destinado en el Empíreo para premio de vuestros heroicos merecimientos; cuando veo á los más elevados serafines doblar gustosos el cuello para servir de escabeles á vuestras reales plantas, y que todos los coros de los Ángeles, los Santos todos se glorían de ser vuestros esclavos, tributándoos sin cesar mil nuevos himnos de bendición y de alabanza; ¿cómo yo, más vil que el polvo de la tierra, me atreveré á juntarme con vasallos de tanta jerarquía para ofrecerme también por esclavo vuestro?

Pero ¡ah! que esto mismo es lo que da á conocer los tamaños inmensurables de vuestra grandeza, que Vos tengáis derecho, como lo tenéis, en efecto, para exigir homenajes, no menos de las criaturas altas y encumbradas, que de las pequeñas y abatidas. El ángel y el hombre, el santo y el pecador, el cielo estrellado y luminoso, lo propio que la tierra opaca y vil, todo está sujeto á vuestro imperio; y aunque el gusano que camina arrastrándose por el suelo no sea digno en manera alguna de vuestra excelencia, vuestra excelencia, superior á cuanto existe nuevamente criado, es y será siempre acreedora á que el gusano aun más imperceptible, y cuanto pueda haber más despreciable que él, os alaben y veneren como á su Reina.

Pues aquí debo entrar yo, Señora mía: yo, presa tantas veces del pecado, y por solo esto más vil que la misma nada, debo honraros confesando que sois mi Emperatriz augusta y Soberana. Lo confieso una y muchas veces; mas quiero sepan los cielos que no es ésta una confesión nacida únicamente del conocimiento de vuestros derechos, sino un acto de mi amor, de mi inclinación, y al que se presta gustosísima mi pobre voluntad. Lo confieso porque me reconozco obligado á ello; pero lo confesaría tan decidido y voluntariamente aun cuando no fueran tantos y tan relevantes

los títulos con que exigís de mí los tributos de veneración y vasallaje.

Protesto delante de los ángeles y de los hombres que soy vuestro esclavo, y que en esta dichosa esclavitud quiero vivir hasta el último aliento de mi vida, esperando que, pasada ella, he de continuar en más íntimo, más cercano y más rendido servicio, besando eternamente vuestras plantas amables y hermosísimas en el reino de la gloria. Amén.

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

PARA TODOS LOS MIÉRCOLES.

MAdre y Señora, Tú eres luz que disipas la sombra del engaño; Tú eres la dulzura que deleita al corazón, y eres la poderosa Madre en quien espero y confío: aleja de mí todo peligro; guárdame, Señora, y en estos ocho días recíbeme por tuyo: yo volveré, Señora, á tus santísimos pies; yo daré á mi corazón la dicha de saludarte, y yo renovaré el amor que desde hoy te ofrezco. Ángeles de la patria celestial, alabad por mí á la Madre Santísima de la Luz: Dios y Señor de la Majestad y gran-

deza, pues sólo Vos sabéis lo que es María, ensalzadla y engrandecedla; y Tú, Madre y Señora, admite mi corazón; las necesidades que tiene, Tú las sabes; remédialas; derrama el bálsamo suavísimo de tu amor; haz que en todas mis acciones te llame Madre de la Luz; alúmbrame, compadécete de mí, y no permitas que sea presa del demonio; tenme con tu santísima mano, y haz que, pues te portas como Madre, yo me porte también como tu hijo. Amén.

PRIMERA NOVENA

DE NUESTRA

SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ

en unión con los Coros de los Ángeles

DISPUESTA POR EL

M. R. P. Maestro Fr. Antonio Claudio de Villegas en 1804.

PROTESTA DE LA FE Y ACTO DE CONTRICIÓN.

EN el nombre de Dios Todopoderoso, digo : que aunque he sido ingrato á los beneficios de Dios, soy cristiano por su divina gracia, de lo que me precio y glorío, por lo cual creo y confieso todo aquello que cree, confiesa y propone nuestra Madre la Iglesia : y para más claridad, gusto mío y pesar del demonio, digo y expreso que creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Asimismo creo (y